

# REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 5

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 12 DE MARZO DE 1923

No. 26

## Urgencias Centroamericanas: Nacionalismo

EL resultado de las Conferencias Centroamericanas que se celebran en Washington, sea cual fuere, no resolverá el problema centroamericano. Porque este problema no es cuestión de gobiernos sino de pueblos; para su resolución se necesita una nueva moral política y no meros pactos. Por halagadores que estos pactos sean, serán pactos de gobiernos, y de gobiernos que no representan a sus pueblos. Antes bien, lo que parece haber motivado estas Conferencias es precisamente la prueba más fehaciente de que nada bueno pueden traer para Centro América. Lo que ha motivado estas Conferencias son las mismas razones que motivaron, hace poco, la Conferencia de Presidentes a bordo del cañonero norteamericano Tacoma y, hace quince años, la reunión, también en Washington, de plenipotenciarios de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica bajo los auspicios de los gobiernos de los Estados Unidos del Norte y de México. Hablando claro, todas esas idas y venidas diplomáticas no han sido sino maniobras de parte de gobiernos inestables (los centroamericanos) para asegurarse en el poder sin temor de ser derrocados por sus gobiernos hermanos.

En 1907, de lo que se trataba era de recortarles las uñas a Estrada Cabrera en Guatemala y a Zelaya en Nicaragua, para evitar guerras y revoluciones en Centro América. Esa fué la razón principal que reunió diplomáticos de Centro América en Washington. Estos señores no lo comprendieron así. Se figuraron que su misión era algo más elevado. Quisieron hacer gran labor, firmaron convenciones admirables tendientes a la unificación de Centro América y hasta llegaron a crear la famosa Corte de Justicia Centroamericana, con sede en la ciudad costarricense de Cartago, la primera corte internacional para dirimir determinante y conclusivamente cualesquiera querellas entre naciones. Pero todos sabemos en qué paró ese nobilísimo tribunal. El multimillonario Carnegie

dos veces obsequió el edificio en que se alojaría, porque el suelo centroamericano, como comprendiendo la farsa que esa estructura representaba, echó abajo la primera construcción. Cuando Nicaragua—su gobierno, no su pueblo—celebró ciertos contratos cediendo o arrendando a los Estados Unidos porciones de su territorio limítrofes con Honduras, El Salvador y Costa Rica, estas repúblicas protestaron contra esos contratos ante la corte de Cartago, y la corte falló a su favor; pero el Gobierno de Nicaragua, haciendo caso omiso de ella y apoyado en su actitud por el Gobierno de los Estados Unidos que no se consideraba bajo la jurisdicción de la Corte, llevó adelante los contratos, y de este modo se vió claro que las convenciones de Washington, en el fondo, no habían tenido gran alcance ni eran para ser respetadas.

Yo tengo graves temores de que otro tanto ocurra con las Conferencias actuales. Además, sé perfectamente bien, y a nadie que mire hacia Centro América se le oculta, que ningún pueblo centroamericano está contento con su gobierno actual. Hay inquietud y más que inquietud en Honduras, en Guatemala, en El Salvador, en Nicaragua. Costa Rica parece ser la más pacífica, por ahora. En Nicaragua, en El Salvador, en Guatemala y en Honduras, desde hace un año vienen siguiéndose los alzamientos, los intentos de cuartelazos, y los destierros, prisiones y fusilamientos consiguientes; y sus jefes de estado no duermen tranquilos. Buen sueño es lo que anhelan. La conferencia a bordo del Tacoma, a la que asistieron en persona los presidentes de Nicaragua, El Salvador y Honduras y los ministros norteamericanos residentes en esos países, tuvieron un solo punto de importancia: la manera de evitar revoluciones.

Como ni Guatemala ni Costa Rica integraron esa convención, yo me temo que lo que ahora se desea en Washington es acarrear al redil esas ovejas descarriadas del rebaño de

Uncle Sam. Y en esto los pueblos no tienen sino la de perder. Descontentos con sus gobiernos, sin funciones políticas que ejercer—porque hartos bien sabemos que eso de elecciones son puritas tramoyas en Centro América—, el derecho de revolucionar es el único que tenían los centroamericanos. Derecho peligroso era ése. Peligroso porque se prestaba fácilmente, como se prestó en infinitas ocasiones, a alevosías inefables; pero era la única función de libertad que se practicaba en Centro América, y ahora va a desaparecer. El Gobierno de El Salvador y el de Honduras velarán porque en sus países, donde se tramaban todas las revoluciones contra Guatemala, no se trame ninguna; a su vez, los Gobiernos de Guatemala y de Nicaragua velarán porque bajo su jurisdicción no se armen revoluciones contra los Gobiernos de El Salvador y de Honduras; y así, todos los gobiernos constituidos se sostendrán los unos a los otros, y después de su labor del día, buena o mala, los gobernantes dormirán quietecitos. La silla presidencial no será causante de insomnio.

Para los Estados Unidos el plan es igualmente sedativo. Los Estados Unidos se creen no sólo con derecho sino en la obligación de velar por la paz de los *petits pays chauds* del Centro de América. Nuestras revoluciones les causan grandes inquietudes. Al principio creyeron que bastaría con el envío de sus marinos. Estos marinos ya han derramado sangre centroamericana. El método es eficiente. Los marinos creyeron que meterían miedo con solo su presencia. Nadie en Estados Unidos, ni el mismo Secretary of the Navy, se imaginó jamás, en 1911, que al enviar marinos a Nicaragua iban a hacerle la guerra a esa pequeña república, iban a exterminar a quienes no se rindieran al Capitán yanqui. La resistencia armada que opusieron los nicaragüenses les costó caro. Se dieron el gusto de matar gringos, deporte más humano que el sport yanqui de linchar mexicanos, pero los gringos eran más fuertes, y los gringos vencieron. Sin embargo, los Estados Unidos no podían seguir sofocando pequeñas revoluciones por medio de guerras. Las revoluciones desconcertaban más que nunca a Uncle Sam. Y el medio para quedar contentos los poderosos ha sido el pacto a bordo del



Tacoma, que se amplía ahora en Washington. Ya no habrá insomnios en las casas presidenciales de Centro América, ni desconciertos en la Casa Blanca. La política centroamericana se reducirá, dentro de cada Estado, a mantener contento al Gobierno de Washington.

Esa política se ha venido desarrollando lentamente. No es fenómeno nuevo. Ya está bien definida. *Eso es lo que se entiende en Estados Unidos por Pan-Americanismo.* México no comulga en ese Pan-Americanismo, porque México no está del todo dispuesto a agradar a Norte América antes de agradarse a sí mismo. México ha rechazado de la manera más enérgica toda iniciativa norteamericana para meterse en cuestiones legislativas mexicanas. La sorpresa de Mr. Hughes al saber esto, ha sido patética. Mr. Hughes está acostumbrado a que, en Centro América, se consulte para todo la voluntad de su Departamento de Estado. En Nicaragua, por ejemplo, si la policía comete atropellos, como sucedió en Managua el 2 de agosto de 1920, la queja es ante el Ministro de los Estados Unidos. Se tiene al representante de Washington como la suprema autoridad, y nuestra mala educación cívica latino-americana (madre de las tiranías) de apelar a la autoridad suprema para todo, ha dado a los Estados Unidos la creencia de que no obran mal al aconsejar a un país americano sobre la manera de hacerse éste sus leyes. La política de los partidos centroamericanos viene a ser esto: obtener el apoyo de los norteamericanos cueste lo que cueste, inclusive el honor nacional.

El partido Conservador es, en Nicaragua, el partido en el poder. Está en el poder por voluntad del Gobierno de Washington. Está en el poder con un refuerzo de cien bayonetas yanquis: si sólo esas hubiera no serían temibles, pero representan cien mil bayonetas más cada una, listas todas a destripar, sin el menor escrúpulo de conciencia, a cuanto hijo hayan parido las madres de Nicaragua. El Gobierno actual de Nicaragua es, pues, un gobierno fuerte. No le teme a la oposición.

La oposición está representada por el partido Liberal. El partido Liberal halla malo todo lo que el Gobierno Conservador hace. Por otra parte el partido Liberal no está dispuesto a echarse encima la furia sin nombre de las bayonetas yanquis. Ni siquiera está dispuesto a dedicarse a la lucha estrictamente moral. No. El partido Liberal lo que quiere, aún por encima de mantener el honor de la nación, que parece en el fondo, no importarle nada, es llegar al poder. Contra los norteamericanos no tiene queja seria. Al contrario: Para con ellos el Libera-

lismo nicaragüense lo que tiene es celos de mujercilla. El Liberalismo no desea deshacer los contratos oprobiosos que han firmado los Conservadores. De lo que se duele es de no haberlos firmado él. El Liberalismo protesta, pero no contra que el representante del Departamento de Estado ejerza *de facto* la suprema autoridad en Nicaragua. Al contrario: Son los Liberales quienes más genuflexiones le hacen ahora al Ministro de los Estados Unidos; quienes para todo acuden a él. En las elecciones de 1920 los Liberales llevaron la bandera norteamericana en sus manifestaciones. De lo que protestan los Liberales es de no dárseles la Presidencia de la República, los Ministerios, los Consulados, las mil y una *chambas* que vienen por añadidura cuando se tiene ganado el Reino de los Cielos que es la confianza yanqui.

La actitud del Liberalismo, dicen los Liberales, no puede ser otra. Está muy bien que poetas y soñadores nos prediquen, dicen, oposición al norteamericano. Los melencidos de todas partes aplaudirán. Pero nosotros, aseguran, somos prácticos. Nosotros conocemos de política y ellos sólo de poesía. El camino que llevamos es el único que podemos tomar. «Tú mismo declaras, me han dicho, la inutilidad de oponer nuestra debilidad patente a la fuerza del Norte».

Pero no es cierto que el Liberalismo se vea obligado, sino por su pequeñez espiritual, a superar a los Conservadores en hacerle las botas a Uncle Sam. La obligación del Liberalismo es abrir los ojos y comprender que los Conservadores, ansiosos en un principio de llegar al poder por cualquier medio, se sometieron de lleno a la super-voluntad norteamericana, pero que ya ven su error, y quieren cualquier arreglo que los libre de humillarse más de cuanto se han humillado. Al fin y al cabo, el partido Conservador no carece de tradición patriótica. Al fin y al cabo, los Conservadores han comprendido que gobernar a Nicaragua bajo la tutela yanqui es casi peor que no gobernar. Las cosas han llegado a un climax. El momento es decisivo, de vida o muerte para Nicaragua y de importancia punto menos que vital para toda Centro América. Los Conservadores parecen estar dispuestos a dejar de ser Conservadores y a ser sólo nicaragüenses. A los Liberales les toca, si de veras aman a su patria,

dejar de ser Liberales y ser sólo nicaragüenses también. De ser nicaragüenses es de lo que se habían olvidado todos. Ser nicaragüenses es la oportunidad que tienen ahora ambos partidos. Ser nicaragüenses es lo que más les urge a mis compatriotas. Y con voz de amor y de dolor, angustiado de ver a mi patria sumida en la miseria moral en que se encuentra, herido en el alma de verme obligado a subir escaleras empinadas y a comer pan salado en el destierro, en nombre de lo más sagrado yo pido a Liberales y Conservadores que salvar a la patria sea su mira única aunque los partidos sufran, se hundan, desaparezcan, pues nada tiene quien sólo tiene partido en vez de patria.

Dejen los Liberales de ansiar sobre todas las cosas el poder. Si la influencia yanqui ha de seguir siendo la influencia preeminente en Nicaragua, ya sean Liberales, ya Conservadores quienes lleven títulos de Presidente, de Ministros, de Diputados, de Senadores, no habrá patria. Lo esencial es que haya patria, y para esto hay que abolir esa influencia que nos mancha el honor, que nos ensucia la conciencia, que nos abofetea el rostro, que nos hiere el corazón, que nos agobia el alma. Y para abolir esa influencia, lo preciso es destruir la causa de ella. La causa de ella es la mezquina rivalidad de partidos innobles que para triunfar—para llegar cerquita de la tesorería, para distribuir empleos públicos y gozar de ciertos privilegios—han solicitado descaradamente el apoyo extranjero y lo solicitan todavía.

Yo propongo que la nación entera apoye al Presidente actual, así sea Conservador. No será el mejor presidente que podría tener Nicaragua. Pero sí me parece que, apoyado por la nación, él sabría laborar por el bien del país y no sólo por el bien de los intereses yanquis y del partido que lo mantiene en el poder. Apoyado por la nación entera, rodeado de *nacionalistas*, sin tener que temer a ningún bando de *nicaragüenses*, podría echarse de encima el yugo yanqui. Y sólo así. Y esto es mil veces preferible a que, por degradarse más ante los yanquis, por humillarse más, por ofrecer más, subiese al poder el Liberalismo. Porque si el Liberalismo sube así, los Conservadores a su vez centuplicarían su esfuerzo por ser más agradables a los yanquis. Y cada paso de esta política ciega, egoísta, rastrera, de esta política de partidos degenerados, de esta política vende patria nos llevaría más y más a la nada, al *no ser* como pueblo, a desaparecer sin honor, sin gloria, sin vergüenza.

SALOMÓN DE LA SELVA

Diciembre, 1922.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieren colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.



# Nuestros ricos y nuestros gatos

POR A. MASFERRER

2

(Véase el número pasado).

LA segunda edición de aquella frase ingenua, se la debemos a Napoleón Viera Altamirano. Ya se sabe quién es él: poeta, de los cuatro o cinco que en Centro América pueden recibir ese nombre sin caer en pecado de tarasconismo; patriota, sin sombra de codicia ni de ambición; ilustrado, porque no deja nunca de estudiar en las cosas y en los libros; escritor, de los pocos que sienten que la pluma es sagrada, y que la inteligencia se oscurece si no anda a la par con la vida sencilla y honrada; creyente en el bien, hombre de ideas y de ideales; tolerante con todo, exigente consigo mismo; muchacho, en fin, que hace recordar por su apostura, su lenguaje y sus hechos, aquellos girondinos que iban a la muerte cantando, por hacer honor a su fe. Naturalmente—y puesto que él no se cuida de la fama—desconocido o casi, de nuestros gatos de todo género. (Hay gatos políticos, literarios, eclesiásticos, financieros y otras especies aun).

Tiene este joven sus manías, como todos nosotros, siendo la más grave el creer en la Economía Política y en la Economía Social. Se imagina él que eso de que unos coman y otros no; de que los yankis sean ricos y nosotros pobres; de que en unos pueblos haya oro y en otros papel mugriento; de que unos vivan en la limpieza, en la abundancia y en la salud, y otros en la porquería, en la estrechez y en la enfermedad, proviene de que unos conocen y practican las leyes sociológicas, y otros no las sospechan siquiera.

Consecuente con esa fe, piensa él que si nuestros ricos no han hecho de San Salvador una joyita poblada de chalets, sombreada de bellos y grandes árboles, tachonada de jardines y arrullada por cristalinos surtidores que aplaquen el polvo y refresquen el ambiente, es porque nadie les ha enseñado lo que debe hacerse. Y entonces él, desde San Francisco de California, les indica, en discretas y amenas correspondencias, lo que demanda el patriotismo y la manera de cumplirlo.

En la más reciente de esas cartas, hablando de los caseros (una de las más importantes formas del gatismo), dice que a nuestros ricos lo que les falta es entusiasmo. Si nuestros ricos, dice él, tuvieran algo más de entusiasmo, edificarían así, y asá, y entonces,—comento yo,—San Salvador sería como Lausana, o como La Haya, o

como algunas otras felices mansiones que yo conozco, donde los hombres viven como si fueran gente.

En esta doctrina del entusiasmo insuficiente, es muy capaz Uriarte de ser el discípulo amado de Viera Altamirano; si acaso no es Uriarte el inventor de la doctrina, y Viera Altamirano la víctima del contagio. En tales delirios caen fácilmente los que cierran los ojos a la verdad tangible y universal; los que no quieren advertir que el mundo es una crianza inmensa de ratones inexpertos y bulliciosos, confiados por la Providencia a la guarda y conducta de unos cuantos gatos prudentes y experimentados.

¿Para qué, señores, le serviría a un gato el entusiasmo? Para cometer locuras, nada más. Lo que un gato ha menester, ya sea en la Naturaleza, ya en la Sociedad, es dominio de sí mismo, ojos penetrantes y rápidos, miembros elásticos y poderosos, uñas afiladas, escondibles a voluntad, y buenos dientes. Con esas cualidades un gato juicioso y avisado, capturará siempre su presa de una sola embestida; ya se trate de cazar un ratón, un puesto elevado, una gran fortuna o una reputación envidiable y famosa.

Si en vez de eso los gatos se dejaran arrastrar por el entusiasmo, ¿qué sucedería? Que fracasarían a cada instante; la presa se les iría de entre las garras; o por no saber medir las distancias, darían saltos en vago, más allá o más acá del punto exacto. Un gato así, merecería ser ratón.

Por eso, en vez de tan loca y arrebatada pasión, el gato hace empleo de su cola, que es su instrumento de calcular, y el regulador infalible de sus

---

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme invariablemente los fondos bajo cubierta certificada o en forma de giro postal; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

impulsos y acometidas. Con esta ventaja más: que las víctimas, viendo al gato sereno e inmóvil y con los ojos entornados, se lo imaginan dormido, y no recelan ningún riesgo. Si en vez de mirarle a la cabeza le avizoraran la cola, echarían a correr despavoridos, adivinando el ataque inminente y seguro. ¿Díganme si un gato entusiasta sería capaz de tales hazañas?

En estos días, precisamente cuando me deleitaba leyendo los consejos de Napoleón a nuestros ricos, supe de un caso demostrativo de mi teoría: a saber, que, el gato, el verdadero gato, el gato legítimo, el gato ideal, en fin, según fué concebido y creado para ser un perfecto dominador de hombres, y de ratones, no necesita absolutamente de entusiasmo, sino de silencio, quietud, disimulo, paciencia, y oportunidad. He aquí el caso:

Una señora, amiga mía, discurrió emprender un negocio. No tenía dinero, ni crédito, ni experiencia del ramo en que iba a trabajar; no tenía nada sino una necesidad imperiosa de ganar su pan, una fe muy grande y muy ardiente en que había de salir adelante, y un entusiasmo invencible para sostener la lucha en que iba a entrar. Otra señora, conocida de la primera, tenía una casa que alquilaba en cien pesos mensuales, sin inquilino a la sazón.

Haciendo milagros, consiguió la primera los cien pesos de la mensualidad anticipada, y ocupó la casa. Y repitiendo el milagro una y otra vez, fué pagando, pagando, mientras su negocio crecía y se afirmaba. La casera, gata legítima, se portaba de lo más amable con su cliente: ni una exigencia, ni una palabra de subir los alquileres, ni una reprimenda porque el pago se retrasara algunos días; en fin, el ideal de los caseros.

Al año, el negocio daba sus gastos, era trabajo en firme, próximo a dar utilidades. La clientela estaba hecha, y naturalmente, era de todo punto necesario no cambiar de local, porque la empresa es de estas que se arruinan o sufren mucho con un cambio.

Al año y cinco meses, mi amiga, contentísima, vino a contarme que «ya su negocio le daba los gastos, un modesto vivir, y ya muy luego le dejaría utilidades».

—¿Y la casera?—pregunté yo.

—Muy buena, considerada, no me cobra ya anticipado, ni se mete para nada conmigo.

—¿Y desde cuándo habrá utilidades, dice usted?

—Ya dentro de un mes, si Dios quiere; unos veinticinco pesos mensuales.

Al mes justo, recibió esta señora una cartita breve, clara, terminante, de la Casera Maravillosa: «Niña Ful-



na, le aviso que, desde este mes, la casa vale ciento veinticinco pesos».

La dueña del negocio fué corriendo, aturdida, a inquirir los motivos de un alza tan brusca, tan inesperada y tan fuerte.

—¿La razón?—dijo la casera, con tono reposado y seguro:—la razón es que *hay quien me da ciento cuarenta*. Si a usted no le conviene...

¡Gata perfecta, la señora!

La del negocio se fué llorando, convencida de que el entusiasmo del ratón no vale lo que valen la parsimonia y la oportunidad del gato.

Créanlo, amigos Uriarte y Viera Altamirano: los gatos saben más que nosotros en materia de negocios y de *Economía*; nosotros, en lo que sí les aventajamos es en la *Encomia*, y en el soñar.

(*El Día*, San Salvador).

## La doctrina Drago y Francia en el Ruhr

POR LUIS ARAQUISTAIN

(Véase en el número pasado la página 329).

EN 1903, por primera vez en la historia, sonó una voz de justicia contra la costumbre inveterada de cobrar por la fuerza una deuda pública a un país. Ya no se estila ahorcar a nadie por una deuda, ni siquiera encarcelarle; pero todavía en aquella época era uso aplicar a una nación lo que parecía inaplicable a un individuo. Fué cuando Inglaterra, Alemania e Italia quisieron cobrar a cañonazos de sus buques de guerra unos créditos que les debía Venezuela. En aquel trance levantó su palabra el ministro de Estado de la Argentina, Sr. Drago, para protestar de esos procedimientos en una nota que envió al Gobierno norteamericano, y que en lo sucesivo recibió el título de Doctrina Drago, resumida en los conceptos finales del histórico documento: «El principio que la República Argentina quisiera ver reconocido es éste: que las deudas públicas no debieran producir nunca una intervención armada, y mucho menos la ocupación material del suelo americano por las potencias europeas».

Veinte años después de sentada esa doctrina, Francia entra en el Ruhr para cobrar por la violencia lo que le debe Alemania. Inglaterra se ha limitada a dejar hacer a su ya sólo semi-aliada. Unicamente los Estados Unidos han mandado retirar su Ejército del Rin, como protesta contra la conducta de Francia, aunque el Sr. Poincaré, deseoso de no entibiar el optimismo de sus compatriotas, pretenda que esa es una medida tomada hace tiempo por el Gobierno norteamericano y sólo cumplida ahora, independientemente de las circunstancias. La verdad es que el avance francés ha irritado profundamente a la República norteamericana. El «Washington Post», un diario semifuncionario, ha dicho que los impulsos motores de Francia son «el odio y la codicia». Pero esta irritación de los Estados Unidos sólo puede justificarse jurídicamente en una doctrina como la de Drago: que

un país no tiene derecho a cobrar a otro sus deudas por medio de las bayonetas o de los cañones, ni ocupando sus territorios y confiscando su riqueza. Hay otros medios, entre ellos el boicot comercial, más eficaces que la fuerza de las armas.

Sin embargo, esa actitud de los Estados Unidos pierde toda autoridad cuando se recuerda que ellos han sido maestros de Francia en tales procedimientos con países débiles como Panamá, Nicaragua, Santo Domingo y otros del centro de América. Han ocupado sus Aduanas y mediatizado sus Gobiernos con pretextos de obligaciones económicas no cumplidas. Bien está que se retiren del Rin y embarquen en Amberes para su país; pero no pueden hacerlo en nombre de la doctrina Drago, cuyo espíritu debe ser universal, aunque la letra sólo aluda a América.

Inglaterra, por su parte, deja hacer. Recientemente publicaba Lloyd George en el «Daily Telegraph», de Londres, un magnífico artículo titulado «Los armamentos», pero que más que al hecho material de su existencia, referíase a su proyección psicológica. A juicio de Lloyd George, el motivo de la guerra de 1914 no fué el asesinato del archiduque heredero de Austria, ni el temor de Alemania a Rusia, ni ninguno de los muchos que se han indicado. Todos esos motivos son parciales y, en cierto modo, efecto del originario, del único, que era — en opinión de Lloyd George, tomada del propio general Foch — la conciencia del Ejército alemán de haber logrado en 1914 la mayor eficacia en cuanto a número, organización, disciplina y equipo. El Ejército alemán, desde el último soldado hasta el Emperador, se creyó invencible, y esta noción de su supremacía le condujo a servirse de la ocasión más favorable para lanzarse a una guerra donde la victoria le parecía descontada.

Lloyd George ve, en consecuencia,

un grave peligro en todo Ejército que es poderoso respecto de los demás. La certidumbre de su fuerza puede arrastrarle a cualquier conflicto internacional, con el pretexto más baladí, seguro de la victoria y del botín a ella inherente. Pero ahora no es ya Alemania la que sufre esta enfermedad de supuesta omnipotencia, sino Francia. En 1914 contaba el Ejército alemán con 800,000 hombres y varios millones de reservas, y hoy Francia casi no le va en zaga, con sus 736,000 hombres y dos o tres millones de reservistas instruidos. En 1914 podía justificarse Alemania señalando al frente ruso y al frente francés, sin contar a Inglaterra. Pero actualmente, ¿qué justifica el enorme Ejército de Francia? No el alemán, que es menor que el de Rumania, ni el de ningún otro país europeo. Sólo el de Rusia le iguala numéricamente; pero está demasiado lejos para ser un peligro con el que deba contarse. De todos estos datos y reflexiones de Lloyd George se desprende la inferencia de que un país dotado, como Francia, del Ejército más apto de Europa, está siempre expuesto a desbordarse por alguna de sus fronteras por pura razón mecánica o biológica, sólo por el impulso de comprobar la supremacía de su fuerza y cobrarse el cánón que, en su entender, le corresponde por ello. Sobre todo, si está excitado por jaurías nacionalistas.

Hasta aquí está bien la doctrina de Lloyd George, tanto más valiosa por venir de un hombre que ha sido durante años uno de los tres o cuatro árbitros de los destinos del mundo y que puede volver a serlo. Realmente, un hombre de Estado como Lloyd George que consagrarse el resto de su vida al desarme internacional podría ganar prestigio casi mesiánico. Pero hay en su artículo un inciso que desnaturaliza toda su prédica, del mismo modo que la conducta de los Estados Unidos en Centroamérica quita valor moral y jurídico a su retirada del Rin como protesta contra el cobro violento de una deuda. He aquí las líneas que desautorizan todo el resto del artículo de Lloyd George: «Las escuadras navales son esencialmente armas defensivas. No hay en el mundo capital alguna que pueda ser tomada con sólo barcos de guerra, ni país en condiciones de ser anexionado por una Armada. En cambio, los Ejércitos poderosos son verdaderas máquinas de presa».

Con esas palabras pretende Lloyd George justificar las escuadras, a pretexto de que son nada más que armas defensivas, y condenar los Ejércitos, como instrumentos de militarismo. Pero si se piensa que la última guerra europea la ganó fundamentalmente la escuadra británica, que bloqueó a Alemania y la redujo por hambre, cuando



el Ejército estaba aún en su plenitud de hombres y armamentos en los campos de batalla, ha de parecer soñística la tesis de Lloyd George. Una capital no podrá ser conquistada por una escuadra, ni anexionado un país; pero a poco que la existencia de un pueblo dependa del extranjero, ya para nutrirse, ya para sostener su industria y, por lo tanto, su Ejército, una Armada como la inglesa, si es suprema, puede reducirle a la miseria y, de consiguiente, a la capitulación en brevísimo tiempo. De suerte que cuando Lloyd George predica el desarme a Francia, creyendo que los Ejércitos terrestres son un vicio, pierde toda autoridad su doctrina al defender, como una virtud, los armamentos navales, porque los primeros no convienen a Inglaterra y sí los segundos.

Días atrás pedía, desde estas mismas

columnas, el agudo escritor y ex-Ministro de Colombia, don Baldomero Sanín Cano, un Congreso de los países de lengua española para defenderse de los desastres inminentes que amenazan a Europa. Ese Congreso, si se realizase, debiera proponerse, no sólo defender a los pueblos de lengua española y portuguesa, sino levantar en ese idioma un nuevo Código internacional, ya que los viejos países de otras lenguas están demasiado comprometidos por sus intereses particulares para decir una palabra nueva de generosidad y provecho común. La doctrina Drago es un buen precedente... olvidado. Hoy es la única doctrina de prestigio internacional que sirve para juzgar la conducta de Francia—ocupando un territorio extranjero por una deuda pública—en derecho.

(*El Sol*, Madrid).

## Objeciones a un ensayo de autocrítica de Moisés Vincenzi

HE concluido una atenta lectura de este tratado que el señor Vincenzi llama *Autocrítica*, primer ensayo de su *Crítica Trascendental*, lo cual quiere decir que he debido leer ciertos pasajes más de una vez para darme clara cuenta de su sentido. De suerte que al invitar al señor Vincenzi a sentarse a mi lado para discutir su libro, sólo habré de pedirle explicación acerca de aquellos poquísimos pasajes que me parecen de ambigua comprensión. Por otra parte, mi discusión seguirá las líneas de composición del señor Vincenzi y no las que yo trazaría si escribiese un artículo de crítica general a propósito de su libro. Esto es, no intento yo escribir un ensayo sobre crítica trascendente, sino discutir el pensamiento del autor a medida que él se desenvuelve. Si mis objeciones no se extienden demasiado, y ya en ausencia del autor, dirigiré una mirada de conjunto a este ensayo.

Entremos, pues, en el asunto.

Hace falta en este libro una sinopsis indicadora, al principio o fin de él, que facilite la visión del problema propuesto y el enlace de los materiales empleados en la solución. Estas sinopsis rara vez faltan en los libros europeos y norteamericanos—y rara vez se hallan en los libros hispano-americanos.

Dice el señor Vincenzi en la primera línea de la primera página introductora: «La literatura no tiene ley que capacite al individuo para la vida práctica; ello indújome a pensar en los motivos que determinan tal circunstancia». Cambio aquí la palabra literatura y digo la orfebrería o el arte de la iluminación de manuscritos, o la pintura o la arquitectura no tiene ley que capacite al hombre para la vida práctica. No; es verdad que no tiene. Tampoco tiene la literatura ley que capacite al hombre para el ejercicio

de la ciencia ni de la filosofía. La literatura sólo puede capacitar para la comprensión y el ejercicio del arte literario. Nada otra cosa es su función.

Pida a la Ética el señor Vincenzi la ley que capacita al individuo para la vida práctica, o pídale simplemente al arte de vivir bien; según la naturaleza del propósito de su investigación. ¿Por qué ha de pedirse a la «literatura una ley que capacite al individuo para la vida práctica?» La literatura no dicta leyes de orden moral, ni social, ni político ni de ninguna clase. A lo sumo puede remontarse a la visión y descubrimiento de las leyes que rigen la creación de la obra de arte y a su expresión por medio de la palabra. Ya señalaremos otras manifestaciones de la preocupación ética del señor Vincenzi, allí donde la Ética no cabe.

Mas si por otra parte, el señor Vincenzi contemplara el conjunto de obras literarias producidas por la Humanidad, entonces la requisitoria implícita en la proposición del señor Vincenzi no tendría justificación alguna. Pues que en tal caso la literatura comprende todas las biblias, todos los códigos, todas las guías prácticas y espirituales de la conducta humana, toda la filosofía moral, así religiosa como laica. Así, pues, el punto de partida de esta investigación es erróneo. Pero hay errores fecundos.

Al final de esta primera página el señor Vincenzi dice: «Encontrar que todo movimiento cultural es de crítica es contribución consciente y sostenida de esta obra renovadora», etc.

En el movimiento cultural de los helenos la crítica no existe. Alguno que otro juicio crítico de Aristófanes no es realmente crítica. La cual apareció con Aristóteles y los alejandrinos, esto es, con quienes ya no po-

dían producir cultura propiamente helénica. En otras palabras, la cultura tiene dos movimientos diversos y sucesivos. El inicial es creador, el segundo es de crítica. La crítica no existe antes de la obra creada. Ni podría decirse que de los dos movimientos es verdaderamente cultural sólo el período de crítica; porque éste ha solido coincidir con las épocas de infecundidad y de cansancio. La obra fértil del Renacimiento se produjo a causa de la influencia de las obras correspondientes al período pre-crítico de la cultura helénica. El uno produjo Dantes y Boccacios y Petrarca. La crítica puso lengua latina en el creador de la prosa italiana y acabó con la música toscana del humanista Petrarca.

Lo que presenciamos en nuestra época es demasiado complejo para analizarlo en pocas líneas.

Pasemos a la definición de crítica y de autocrítica que el señor Vincenzi propone: «Juzgar las obras humanas en todo género de posibles actividades, *alentar los buenos aspectos y rechazar los malos*, sugiriendo para ambos propósitos nuevos puntos de vista conforme al interés general de los hombres, es función correspondiente al arte, la ciencia y la filosofía de la Crítica».

No habrá un solo artista con eminente visión de lo que es su arte, que acepte semejante intromisión de los conceptos de bueno y de malo con marcadísimo resquemado de Ética. No hay tales buenos ni malos aspectos del Arte. Es Arte o no lo es, y nada más. Bastantes luchas ha librado el Arte defendiéndose de la Ética para venir ahora a prestar homenaje a una definición que vuelve a ponerle al servicio de la moral. La crítica del arte no tiene que ver con lo bueno ni lo malo, sino con lo artístico y lo inartístico, con lo bello y lo no-bello. Ni el hombre de ciencia acatará una crítica que aliente «los buenos y rechace los malos aspectos» de la ciencia. La ciencia va en pos de la verdad, ya sean hechos, relaciones o leyes fundamentales. Nada tiene que ver con la Ética. ¡Si la Belleza y la Verdad conducen al bien, excelente! Pero esa no es la función del Arte; ni tal es el propósito de la Ciencia. La Crítica a lo moral no tiene cabida en el Arte ni en la Ciencia. Ese concepto de «buenos y malos aspectos» está fuera de lugar en la definición, o ésta es reacción de retroceso.

Y concluye la definición así: «Y referir precisamente los propósitos de la crítica al *desenvolvimiento* particular de uno mismo en relación con el mundo y los otros seres vivientes equivale a practicar la autocrítica».

Creo que este habría sido lugar oportuno para distinguir los términos similares que en el curso del ensayo se han usado tan promiscuamente que ello me parece muy poco filosófico. ¿Qué es autoeducación? ¿Qué es autoanálisis? ¿Qué es autodidáctica? De esa manera se habría visto con mayor claridad el pensamiento contenido en la autocrítica y el mismo autor habría alcanzado mayor lucidez en la exposición.

Como al definir hace uso de la palabra



desenvolvimiento—que he subrayado—he de comprender que autocritica es aquí autoeducación. Lo que las iglesias cristianas han llamado examen de conciencia y enmienda de la vida o camino de perfección.

En el segundo párrafo aparece de nuevo la confusión de la Crítica con la Ética.

Los descuidos de forma del párrafo tercero hacen la lectura incómoda. Para una nueva edición me permito sugerir una nueva redacción. Podría empezar por eliminar una coma en la primera cláusula que le da un aspecto de oscuridad semi-germánica, diciendo así: «La crítica del mundo exterior con relación al tipo que la ejerce, ofrece un campo de estudio más complejo y extenso». Habla allí de un núcleo *motriz* en vez de motor. Así como en el párrafo 33 de la página 57 habla de sujetos *motrices*. Pequeños descuidos que revelan, sin embargo, la precipitación del temperamento de su autor.

Dice aquí el señor Vincenzi que la autocritica se verifica mejor que la crítica exterior, la cual «es una resultante de aquella, puesto que en primer lugar aparece el tipo, y por consecuencia las capacidades y objetivo de la autocritica, y después la observación del exterior aparejada de sus propios motivos».

Imposible ponerse de acuerdo con el señor Vincenzi acerca de este asunto. Ni la evolución de los sentidos ni la evolución de la conciencia justifican esa manera de ver. La aparición del tipo nada tiene que ver con la introspección, la cual implica un alto progreso de la especie. Las mismas capacidades mentales se desarrollan mediante el contacto con la naturaleza exterior. Sin el ejercicio de los sentidos—no hay desarrollo de la conciencia, ni conciencia de sí, que hace posible la introspección y el autoanálisis—. Pero no solamente está en contra la evolución orgánica y psíquica del individuo. La afirmación del señor Vincenzi es contraria a los hechos como los observamos actualmente. Son muchos los que observan el mundo externo; muy pocos ven para adentro.

El párrafo cuarto—Divisibilidad de la mente—permite pensar que el señor Vincenzi recurre a la vieja psicología de las facultades para facilitar su argumento en favor de la divisibilidad—que no existe en realidad—. La mente es compleja. Como el órgano de un sentido; pero nadie dice ni decir puede que el ojo es divisible porque en él hallamos humores y tejidos diversos. Cuando el ojo funciona como tal es indivisible, si bien podemos analizar en sus elementos las sensaciones que nos produce. La mente, en su función de tal, es indivisible, es perfecta unidad. Cuando consideramos los resultados de su acción podemos establecer distinciones, pero no abolimos la unidad de la mente. Lo que con ésta ocurre es algo más profundo: su proteísmo, su aptitud para asumir la forma de la imagen que contempla, así del mundo externo como del interior. Pero una explicación de esto iría más lejos que mi presente propósito.

Este proteísmo de la mente produce la ilusión de la multiplicidad del yo en todos

aquellos que no han logrado percibir la distinción de la mente y del yo. Cuando el yo mira hacia adentro puede enumerar los instrumentos de su expresión en el mundo de la forma, descubrir los estados de conciencia recién pasados y aun el que va fluyendo en el momento de la introspección. Pero es un error pensar que tales estados son otros tantos *yos*. Por el fondo de esas cuentas de colores corre el hilo inrompible de su conexión: el yo. La mente es un instrumento del yo, del habitante profundo. Quien no haya experimentado esto, difícilmente podrá trabajar con éxito acerca de la introspección.

Por eso yo sólo veo en el párrafo quinto una confusión entre la mente y el yo.

En el párrafo séptimo—Existencia de la obra—el señor Vincenzi intenta discutir un problema que no existe. La presencia o ausencia de una obra se prueba como probamos la presencia o ausencia de un edificio: por medio del ejercicio de nuestros sentidos—no vale la pena discutir una obra de que no podemos tener conocimiento por medio de nuestros sentidos.

«Todo empeño se debe a una exaltada o reducida imaginación del objeto», dice el señor Vincenzi, cuyo intelectualismo es aquí evidente. Cuántos, en cambio, estaríamos dispuestos a decir que todo empeño nace de una emoción, de un sentimiento, de una pasión. Las imágenes se mueven cuando bajan al subsuelo donde arde el calor de la emoción.

Realmente no veo cómo pueda haber un crítico que en presencia de la obra que va a criticar, se pregunte si esa obra existe o si es una ilusión de sus sentidos o de su imaginación; si posee facultades críticas. La obra y el crítico existen o no existen y nada más. Con esas cuestiones no se da mayor profundidad a la investigación, se la infantiliza o se la escolastiliza. Y este es uno de los caracteres que hallo en el trabajo actual del señor Vincenzi: un escolasticismo que no por anticuado pudiera ser menos profundo, aplicado a cuestiones de mayor momento, aun dentro de la presente investigación.

Los párrafos que yo enumero 9, 10, 11, 12, carecen de importancia alguna: La mente es múltiple y sabemos que lo es viéndola funcionar (9). Debemos tener una idea clara de nuestras capacidades para conocer aproximadamente la existencia de la obra (10). Importa examinar los sentidos, porque son instrumentos directos de la percepción e indirectos de la apercepción (11). Plan de estudio de los sentidos (12).

La clasificación de los olores ha sido una cuestión difícil para los psicólogos. Son tan individuales que parecen no ofrecer un común principio de clasificación. El señor Vincenzi sabe esto y ha intentado una clasificación y sugerido otras posibles. Su clasi-

**Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.**

ficación comprende: «olores místicos; olores profanos; artísticos o no artísticos—poéticos por ejemplo, y los que proporcionan decaimiento; pereza, trastornos orgánicos (digestivos, etc.; olores festivos, etc.)»

Es clasificación ingeniosa. No es científica; porque no clasifica los olores por su naturaleza misma, sino por las asociaciones de ideas que los acompañan, de modo que un mismo olor puede ser profano para uno y místico para otro, de acuerdo con las experiencias pasadas del individuo que clasifica o juzga. Es ilógica, porque no mantiene un mismo principio de clasificación en todos los grupos de que ésta consta. Por tanto, un olor poético puede ser profano o místico y uno profano puede ser festivo o provocar pereza. No es, pues, una clasificación, es una serie de grupos dicotómicos sin conexión interna. Y en el mismo caso se hallarían las otras clasificaciones que sugiere al final del párrafo correspondiente (15).

En concepto del señor Vincenzi «el tacto es el sentido fundamental del organismo humano porque es relación y los sentidos funcionan al relacionarse con el objeto o la idea, etc.» (17).

¿Cuál de los sentidos es relación? ¿O se refiere el señor Vincenzi al sentido muscular que se encuentra en la base de todos los sentidos, el tacto inclusive y al cual no hace especial referencia en su enumeración de los sentidos? No. El tacto es fundamental porque por evolución de él han aparecido los demás.

Quiere el señor Vincenzi que «para realizar la introspección científica es indispensable conocer las propiedades orgánicas del cuerpo y todas las manifestaciones que les ha sido y es posible efectuar: por ejemplo, la plasticidad, la elasticidad, la resistencia, etcétera; leyes de conservación, evolución e involución, etc.»

De acuerdo con las ciencias dominantes en la civilización contemporánea, todas esas categorías biológicas sólo pueden conocerse mediante la observación externa. Pues bien, cuando se haya adquirido esa pequeña serie de conocimientos nada hemos avanzado en la dirección de la «introspección científica», cuyas más graves dificultades no son, por cierto, de carácter fisiológico.

Pero vamos; ¿cuál es la «introspección científica»? La introspección no se ha generalizado bastante en nuestros pueblos para haber podido establecer categorías. La más comúnmente practicada como un ejercicio de memoria, más bien que como real introspección es la ética. Es posible que el señor Vincenzi haya querido hablar de una introspección metódica. Y una pregunta más, antes de salir del párrafo 18, ¿cuáles son esas leyes de involución a que se refiere el autor?

Para una larga discusión préstase el párrafo 20, *Principios fundamentales*. «La unidad no existe y los espíritus y sus fenómenos (1) exteriores, etc.» La nota dice así: «nómeno y fenómeno son modalidades de una misma esencia múltiple: todo es esencial». Se ha escapado a la perspicacia del señor Vincenzi que al confundir el nómeno



con el fenómeno se ha quedado subsistiendo el nómeno en la «esencia múltiple», o sean los nómenos, como causa de sus modalidades, Creyó el señor Vincenzi que iluminaba un problema cuando simplemente hacía retroceder la dificultad.

La unidad existe. Y no es contradictoria. ¿Cuál es la contradicción en esa suprema unidad del Infinito Espacio?

Se habla ya de una contradictoria unidad en el *Filebo* de Platón y de la unidad en el *Parménides* y en la sexta *Enneada* de Plotino.

La verdad trasciende los sentidos y el ma-

yordomo de los sentidos, que es la mente, pero no el espíritu, que es de la naturaleza de la verdad.

Todos los ríos surgen del mar y fluyen, y van a echarse en el mar. Así, los Universos surgen del Mar y fluyen perpetuamente hasta disolverse de nuevo en el Mar. Pero del Mar al Mar siempre hay algo que fluye, que hinche y rompe y reconstruye las formas irreales, por perecederas, con que juegan los hombres en el vasto kindergarden del mundo.

ROBERTO BRENES MESÉN

(Concluirá en el número próximo).

## 2) Juan Ramón Molina

Por J. W. CHANEY

(Véase el número 23).

Los hechos relatados han de servir de base para que se entiendan mejor las obras de Molina. Su manera de escribir es subjetiva y tiene el poder de revelar su vida al través de sus obras.

Entre las verdaderas revelaciones están, *Autobiografía*, *Después que muera*, *Madre Melancolía*, y *Los Cuatro Bueyes*. He aquí su *Autobiografía* completa:

### AUTOBIOGRAFIA

Nací en el fondo azul de las montañas hondureñas. Detesto las ciudades, y más me gusta un grupo de cabañas perdido en las remotas soledades.

Soy un salvaje huracán y silencioso a quien la urbana disciplina enerva, y vivo—como el león y como el oso prisioneros—soñando en la caverna.

Fué mi niñez como un jardín risueño, donde—a los goces de mi edad esquivo—presa ya de la fiebre del ensueño, vagué dolientemente pensativo,

sordo a la clamorosa gritería de muchos compañeros olvidados, que fué segando sin piedad la fría hoz implacable de los negros hados.

¡Todos cayeron en la fosa oscura! Fué para ellos la vida un triste dolo, y—el corazón preñado de amargura—me ví de pronto inmensamente solo.

¿Qué se hizo aquel cuya gentil cabeza era de sol? ¿El jovencito hercúleo que burlara en la lucha mi destreza? ¿El dulce efebo de mirar cerúleo?

¿El que bajaba el más lejano nido? ¿El más alegre y mentiroso? ¿El zafio? ¡Para los tristes escribió el olvido, en el nómade viento, un epitafio...!

¡Hada buena la muerte fué para ellos! No conocieron el dolor. La adusta vejez no echó ceniza en sus cabellos, ni dobló su juventud robusta!

Desde mi infancia fuí meditabundo, triste de muerte. La melancolía, fué mi mejor querida en este mundo pequeño, y sigue siendo todavía.

Sentí en el alma un natural deseo de cantar. A la orilla del camino, hallé una lira—no cual la de Orfeo—y obedezco el mandato del destino,

tan ciegamente, que mañana—cuando, tráfuga de la vida, me deserte—quizás celebre madrigalizando mis tristes desposorios con la muerte.

No he sido un hombre bueno. Ni tampoco malo. Hay en mí una dualidad extraña: tengo mucho de cuerdo, algo de loco, mucho de abismo y algo de montaña.

Para unos soy monstruosamente vano; para otros muy humilde y muy sincero: al viejo Job le hubiera dicho—Hermano: dame tus llagas y tu estercolero.

Una existencia asaz contradictoria de placer y dolor, de odio y de arrullo, ha agitado mi ser; tal es la historia de mi sinceridad y de mi orgullo.

Goces mortales y terribles duelos, toda ventura y toda desventura, exploraciones por remotos cielos, enorme hacinamiento de lectura;

despilfarro de vida sensitiva, abuso de nepentes; los cilicios mentales; l'alma como carne viva, la posesión de prematuros vicios;

las miserias del medio; ansias de gloria que llega tarde: estar organizado

para la lucha y para la victoria, y ser, a pesar de eso, un fracasado.

¡Todo conspira a hacer horriblemente triste al que asciende las mentales cumbres, y a que cruce—con rostro indiferente o huracán—entre las vanas muchedumbres!

¡Ah, mi primera juventud! La cierta, la única juventud, la que es divina! «Lejos quedó, la pobre loba, muerta», asesinada por mi jabalina.

Al mirarme al espejo ¡cuán cambiado estoy! No me conozco ni yo mismo; tengo en los ojos, de mirar cansado, algo del miedo del que ve un abismo.

Tengo en la frente la indecible huella de aquel que ha visto, con la fe perdida, palidecer y declinar su estrella en los arcanos cielos de la vida.

Tengo en los labios tímidos—en esos labios que fueron una rosa pura—la señal dolorosa de mil besos dados y recibidos con locura,

en dulce cita o en innoble orgía cuando, al empuje de ímpetus fatales, busqué siempre la honrosa compañía de los siete pecados capitales;

y era mi juventud, en su desgaire, como un corcel de planta vencedora, que se lanzaba a devorar el aire, relinchando de júbilo a la aurora.

Tengo en todo mi ser, donde me obliga algo a callar mi doloroso grito, una inmensa fatiga; la fatiga del peso abrumador del infinito.

La gran angustia, el espantoso duelo, de haber nacido, por destino arcano, para volar sin tregua en todo cielo y recorrer sin rumbo todo oceano.

Para sufrir el mal eternamente del ensueño; y así, meditabundo, vivir con las pupilas fijamente clavadas en el corazón del mundo;

en el misterio del amor sublime, en la oculta risteza de las cosas, en todo lo que calla o lo que gime, en los hombres, las bestias y las rosas;

y dar a los demás mi risa o llanto la misma sangre de mis venas, todo, en la copa mirífica del canto, hecha de gemas, de marfil o lodo;

y no dejar para mis labios nada; y vivir, con el pecho dolorido, para ver que, al final de la jornada, mi sepultura cavará el olvido.

Hoy, que llegué a la cumbre de los años, ante la ruta que a mis pies se extiende,



pongo los ojos, de terror, huraños;  
mas exclama una voz: sigue y asciende!

Mas ¿para qué, Señor? ¡Estoy enfermo!  
¡Me consume el demonio del hastío!  
¡Toda la tierra para mí es un yermo  
donde me muero de cansancio y frío!

He abrevado mis ansias de sapiencia  
en toda fuente venenosa o pura,  
en los amargos pozos de la ciencia  
y en el raudal de la literatura.

De igual manera que se conoce a un hombre por sus relaciones, se sabe de un escritor por los libros que lea y los autores que conozca. La lista que a continuación damos nos revela la naturaleza de su gusto, su credo y la variedad de su lectura. Es digno de notarse que entre los modernos, predominan los autores franceses. Un análisis de las alusiones hechas por Molina y de la lista de libros nos revelará la influencia de la literatura en su carácter y sus teorías.

Lista de libros y autores y personajes a que alude Molina en sus escritos:

**NORTEAMERICANOS:** Edgar Poe (2), (\*)  
Roosevelt.

**BÍBLICOS:** Abraham (2), Abel, Adán, Betania, Caín (2), Calvario, David, David y Goliath, David y María, Eva, El becerro de oro, Ismael, Job (4), Jesucristo (3), Salomé, la reina de Saba, San Pablo, Salomón, Cantar de los Cantares.

**CLÁSICOS:**

1.—Griegos: Egeo, Esquilo, Alejandro, Anacreonte, Aristófanes, Aristóteles, Demócrito, Demóstenes (2), Heráclito, Homero (3), Lesbos, Pericles, Platón (2), Sócrates, Sófocles, Esparta, Espartanos, Tales, Termópilas.

2.—Mitológicos: Aquiles, Agamenón, Ajax, Alcides, Anfión, Apolo, Cíclopes, Diana (3), Eleusis, Eleusino, Ganimedes, Héctor, Hécuba, Helena, Hércules, Jasón, Juno, Júpiter, Menelao, Mercurio, Minerva (2), Nemea (León de), Némesis, Neptuno, Orfeo, Pan, Pandora, Pegaso, Plutón, Poseidón, Príamo, Prometeo (3), Sirena, Styx (2), Triton, Venus, Venus Cíterea.

3.—Romanos: Antinoüs (?), César, Horcas Caudinas, Cicerón, Citeris, Horacio, Lucrecio (2), Marco Aurelio, Nerón, Petronio, Plinio, Séneca, Virgilio.

**INGLESES:** Bacon, Boleyn (Anne), Byron (6), Carlyle, Darwin, Edward VII, Faraday, Greenwich (astrónomo de), Harvey, Hobbes, Huxley, Macaulay, Milton, Newton, Ruskin, Shakespeare (9), Tennyson, Tyndall, Whewell.

**EGIPCIOS:** Cleopatra, Ptolomeo, Nilo.

**FRANCESES:** Amiel, Balzac, Baudelaire, Bosuet, Charlemagne, Chateaubriand (2), Corot, Danton, Descartes, Flaubert, Hugo

(7), Lamartine (3), Lamballe (Princesa de), Maeterlinck (Belga), Mallarmé (2), Manon Lescaut, Marat, Maupassant, Michelet, Musset (6), Moliere, Napoleon, Nerval (Gerardo de), Pasteur, Pere La Chaise, Ramus, Renan, Richelieu, Ronsard, Rousseau, Sévigné (Madame de), St. Pierre (Bernardino de) (2), Stael (Madame de), Taine (2), Tocqueville, Vauvenargues, Vergniaud, Verlaine, Voltaire,

**ALEMANES Y AUSTRIACOS:** Altenberg (Peter) (?), Baur, Fuerbach, Goethe (2), Heine, Hegel, Kant (3), Marx, Metternich, Mozart, Nietzsche (5), Nordau, Schiller, Schopenhauer (2), Strauss, Wagner.

**ITALIANOS:** Boccaccio, Campanella, Casanova, Capri (astrónomo de), Cellini (Benvenuto), Copernico, Dante (2), Fra Angelico, Galileo, Leopardi (2), Maquiavelo, Michael Angelo.

**MEDIOEVALES:** Concilio de Nicea, San Agustín (2), Roland.

**ORIENTALES:** Mil y Una Noches, Braman, Cosroes, Confucio, Ciro, Faquier, Firdusi (2), Mahoma, Simurgo (el ave).

**ESPAÑOLES:** Babiaca, Cadalso, Campoamor, Castelar, Cervantes (3), Cid, Cortés (2), Daguerre, Echégaray, Espronceda (2), Fernando VII, Gama hasta Goa (?), Juan de Aragón, Juana de Segovia, La Cava (y el Rey Rodrigo), León (Fray Luis de), Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, Pereda, Pérez Galdós, Picón (Jacinto Octavio), Quevedo, Santillana (el Marqués de), Vega (Garcilaso de la), Valera (Juan).

**HISPANO-AMERICANOS:** Acuña (Manuel), Baires y Montúfar (José), Borja (Enrique), Carrera (Rafael), Coronel (Juan), Chocano, Darío (Rubén), Diéguez (Manuel), Estrada (Domingo), Flores (Julio), Guardiola (Esteban), Isaacs, Jáuregui (Antonia Batres), Lara (Alejo S.), Mencos, Montalvo, Rivas (Román Mayorga) (2), Serpas (Carlos), Silva (José Asunción), Varela (Héctor), Vereá (Ramón), Valencia (Guillermo).

Es casi imposible dar una lista completa de las alusiones de Molina en su libro único. A veces en una sola línea hace alusión a Beatriz, a Leonora, a Ofelia. Sin embargo, una lista adicional modificaría muy poco la conclusión a que se puede llegar conociendo las obras enumeradas.

Intencionalmente se han dejado algunas sin enumerar. No tendría en realidad objeto mencionar lo referente a la literatura de Hispano-América, si se sabe que eso está contenido en la «Honduras Literaria» de Durón, un libro que Molina revisó. Por otra parte, algunos nombres no servirían más que para poner de manifiesto las relaciones entre Molina y sus contemporáneos.

En un artículo sobre la emancipación de Centro América, hay una larga enumeración de exploradores españoles, generales, gobernadores e inquisi-

dores casi igual al número de patriotas, héroes, guerras y victorias. El número de alusiones que se encuentra en este artículo, así como el que se encuentra en «Prosas» y a veces en «Poesías», casi hace pensar que Molina desea exhibir su erudición.

Una revista «El Progreso de la Ciencia en los últimos cincuenta años» que tradujo J. Antonio López y que escribió en inglés Huxley, le ofrece una admirable oportunidad para una lista enorme de filósofos y hombres de ciencia. No cabe duda de los vastos conocimientos de Molina, particularmente en lo que se refiere al francés y a los clásicos.

El proyecto del ingeniero suizo, Salomón Augusto Andree, que intentó atravesar las regiones polares del Norte, en un dirigible, el 11 de Julio de 1897, inspiró a Molina un artículo que escribió, en el cual evoca la memoria de casi todos los exploradores, navegantes y viajeros a que alude la historia y declara, en el espléndido párrafo final del artículo, que el infortunado suizo no les va a la zaga en sereno valor. <sup>(1)</sup>

La voz de las emociones producidas por las aguas del río Acelhuate le da ocasión de enumerar los principales ríos del mundo.

Otro artículo que escribió sobre el loco Abdul-Hamid habría sido muy a propósito para aumentar el número de alusiones referentes al Oriente; pero como este artículo fué escrito en contestación a un aviso en un periódico extranjero, no puede darnos una idea del fondo intelectual de Molina.

Las alusiones al Egipto son las menos significativas en las obras de Molina. Casi todas son simples nombres de los que se encuentran en la literatura de todas las lenguas.

No debemos dejar pasar por alto lo que el poeta dice con respecto a Tolstoy en el libro titulado «Prosas», en la página 105. Aquí sus palabras nos dan una prueba evidente del punto de vista aristocrático del poeta y su falta de simpatía por el humanitarismo romántico.

*La Siguanaba*, tomada de sus «Prosas», corresponde a Die Lolerei y en el mismo libro hay una traducción del poema de Heine.

(1) Pareciera que las exploraciones polares excitaran mucho la imaginación de Molina. Cf. *Prosas*, pp. 119-121.

**L**ECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscriptor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

(\*) Los números entre paréntesis indican las veces a que se alude.



# Tiempos de renovación

## México y el señor José Vasconcelos

[De nuestro amigo de Chile, y colaborador, R. Meza Fuentes, estas líneas:

«La estancia de Vasconcelos aquí, Ud. lo verá, fué un escándalo para la gente sensata y pacata. Por eso le recomiendo el artículo de don ENRIQUE MOLINA, el único universitario chileno que tuvo el valor moral y la altitud de espíritu que eran necesarios para hacer una defensa pública. Y esto es más estimable si se piensa que Molina es rector de la universidad de un pueblo nuestro tradicional en su creencia: Concepción»].

Nuevos ideales agitan a la humanidad.

Ya son tiempos remotos aquellos en que la civilización primitiva e incipiente era flor precaria de las orillas de un río fecundante o de una meseta feraz, y en que un pueblo privilegiado, encerrado entre sus montañas, se consideraba el único señor de la tierra e ignoraba hasta la existencia de algún no lejano vecino tan poderoso como él.

Hoy día la civilización es mundial. Las palpitations del universo social se sienten, de una manera casi instantánea, doquiera late un corazón humano.

Ningún punto del globo se ha abstraído a las consecuencias de la gran guerra y en todas partes ha quedado un temblor de ansiedad después de la catástrofe.

Nuestra época tiene la intranquilidad de los tiempos mesiánicos. Se anda en busca de algo nuevo, se espera algo nuevo. Vive también en medio de trágicas incertidumbres y se entrecrocán las más encontradas tendencias.

Los fariseos de los ideales tradicionales tratan de infundir a éstos nueva vida por medio de la fuerza o del peso de la masa de las muchedumbres. Los apóstoles de los ideales de renovación confían en la virtud alada y comunicativa del espíritu, en la experiencia, en la luz convincente de la razón, en la sed de justicia que tortura las almas de los buenos y en la necesidad de aplacar el dolor.

El término de la gran guerra puso en los corazones superiores, no sujetos a las tiránicas exigencias de la política y de odios atávicos, un grande anhelo único: encontrar la manera de concluir con los horrores indescriptibles de las luchas armadas, y de traer por fin para la humanidad el reinado de la paz, ideales que obstinadamente sustenta el espíritu como preconcepción del solo porvenir verdadero. En la perse-

cución de estas finalidades no ha habido únicamente el afán de realizar los dictados de un amor quimérico, no; ha palpitado la angustia de salvar de nuestra civilización lo que tiene de bueno, que las inteligencias más cla-

rovidentes han visto hundirse, ven hundirse arrastrando en su caída, junto con las injusticias e iniquidades, que en buena hora desaparecerían, tesoros de cultura que se perderían para siempre o que los hombres tardarían siglos de siglos en recuperar.

Fuera de los anhelos de paz universal, la sangre de los millones de hombres caídos en la guerra regó y abonó el surco de las reivindicaciones obreras y el de las aspiraciones de igualdad de la mujer.

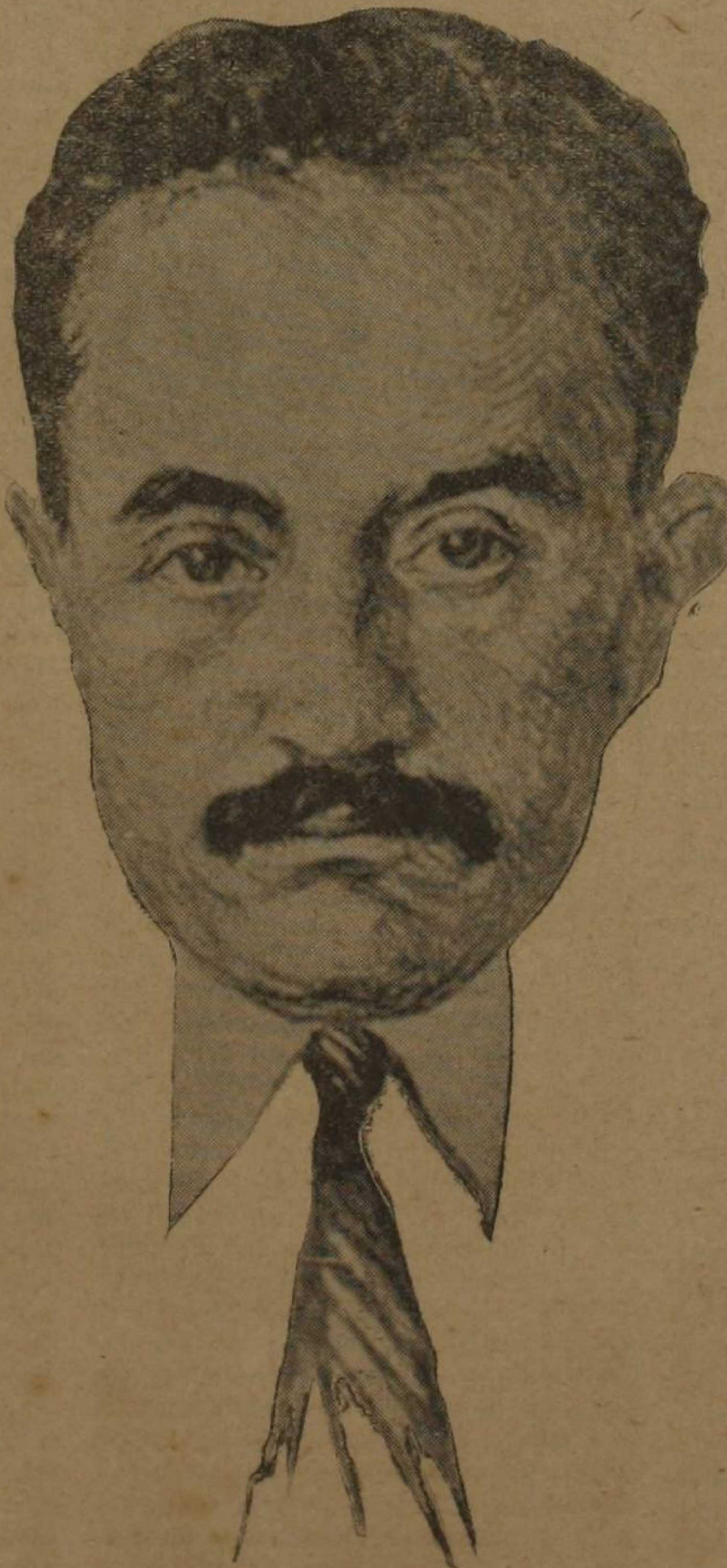
A nuestras apartadas playas de Chile han llegado también las hondas

Los tiempos son de renovación.

consecuencias del conflicto, a veces amortiguadas por la distancia, pero en toda su intensidad en el orden económico. Este hecho constituye para nosotros un argumento irrefragable de que no es posible concebir hoy la nacionalidad sino en armonía con la humanidad.

Pero, al parecer, ningún otro pueblo se halla empeñado en la hora presente, como el de Méjico, en una obra tan gigantesca de renovación. Han actuado ahí, sin duda, la situación general del mundo y circunstancias peculiares de su historia interna. La noble nación mejicana ha tenido, en verdad, un destino trágico; pero se me representa ese destino como la vida de un héroe bravío, rebelde, indomable, que no se ha resignado a una existencia apacible y sin luchas, pagada con algunos girones de su libertad, moldeada sólo por las circunstancias y tradiciones, sin intervención de su voluntad, sino que ha combatido hasta hacer su vida como El ha querido, vida trágica, pero vida «suya», con personalidad propia, de intenso dinamismo, y coronada al fin por una aurora de progreso y una gloriosa paz.

Ha conquistado entre otras cosas ese pueblo heroico la libertad más completa de decir la verdad; ha combatido los latifundios para favorecer la formación de la pequeña propiedad, y, por sobre todo, se encuentra empeñado en la labor educacional de proporciones más vastas de que haya memoria, no sólo en la América sino en cualquiera parte del mundo. Se ha recurrido a todo procedimiento para educar y regenerar a las clases bajas ignorantes y abandonadas por gobiernos anteriores, y para levantar en un movimiento de entusiasmo fervoroso a la nación



JOSÉ VASCONCELOS

(Tomado de *Renovación*, Buenos Aires).



entera. Reorganización de la Universidad, fundación de escuelas, alimentación de los niños pobres por cuenta del Estado, creación de profesores honorarios que vayan a emprender una cruzada voluntaria extirpadora del analfabetismo: he aquí algunas de las primeras cosas hechas. Entre los profesores honorarios se designan jefes de manzanas para que dirijan la campaña contra los analfabetos como quien ataca focos de infección en tiempos de epidemia.

Luego han venido las bibliotecas públicas difundidas ampliamente. Se funda la excelente revista de vulgarización científica, literaria y pedagógica «El Maestro». Se empiezan a hacer por el Gobierno y la Universidad ediciones baratísimas de las obras clásicas antiguas y modernas de mayor importancia, para que lleguen a las manos de todos los ciudadanos. Ya han salido a la luz obras de Homero, de Platón y de Eurípides.

#### Nacionalismo continental.

Como resortes poderosos de este movimiento encontramos el amor a la patria y el amor a la raza hispano-americana. En términos brillantes y valientes nos ha presentado el distinguido ministro de aquel país, señor Trejo Lerdo de Tejada, el cuadro del nacionalismo mejicano. No quieren los mejicanos europeísmos a la pega. Se estimula el mantenimiento y cultivo de todo lo que es de la tierra y de la sangre de Anahuac. La alfarería indígena y las telas de brillantes colores, tejidas por los indios o los mestizos, suministran los mejores adornos interiores de las habitaciones. Las clases altas usan el traje genuinamente popular en reuniones sociales y actos públicos. Se conservan y estilizan, como una preciosa herencia, los innumerables monumentos arquitectónicos dejados por los aztecas y la colonia. En fábricas subvencionadas por el Gobierno se hacen admirables vaciados y reproducciones de obras de arte de la época precortesiana y del período colonial, que se venden a precios muy reducidos para ponerlos al alcance de todo el mundo. En Méjico,—lo que será motivo de no poca sorpresa para nosotros,—hasta la música que se ejecuta ordinariamente es nacional. No se quieren diletantismos extranjeros, sino arte indígena y criollo.

Este intenso nacionalismo se armoniza con el sentimiento del más puro latino americanismo. Da fe de esta orientación del alma mejicana el conceptuoso escudo de la Universidad Nacional de Méjico, adoptado durante el rectorado del señor José Vasconcelos. En el campo del escudo se diseña

el mapa de la América Latina, desde el río Grande o Bravo del Norte hasta el Cabo de Hornos. Como aves heráldicas se yerguen a un lado el águila mejicana y al otro el cóndor andino. Rodeando el escudo se lee como lema: «Por mi raza hablará el espíritu».

¡Hermoso simbolismo y bella leyenda! El espíritu: esto es, lo que ha de ser, las potencialidades del porvenir, hablarán por nuestra raza. Es la aceptación de las esperanzas redentoras puestas por la humanidad en nuestra estirpe. ¡Cuánta unción mística, cuánta intuición panteísta revelan además esas palabras!

Todo hispano-americano debe mirar



con cariño ese escudo y sentir gratitud hacia el hombre que lo ideó.

#### El portavoz de la renovación mejicana.

mejicano es el señor Vasconcelos.

Pensador de una vasta cultura, ha ahondado en los secretos de las civilizaciones clásicas más originales y de más valor, como son la griega y la india. Así lo indican sus obras «Estudios indostánicos» y «Pitágoras». Ha escrito, además, «Monismo estético». Ha penetrado en la obra del Dante con la maestría de un especialista y la intuición de un filósofo inspirado.

Su labor, como rector de la Universidad y como Ministro de Educación, ha sido múltiple. A todo ha prestado su atención infatigable: desde planear leyes de reforma orgánica hasta lanzar proclamas razonadas a los jóvenes sobre de qué autores deben hacer sus lecturas favoritas. Ha recomendado especialmente a Romain Rolland, Pérez Galdós y Tolstoy, como portavoces del más alto evangelio humano de amor a la vida, de bondad y de justicia.

El amor a la raza del señor Vasconcelos no se reduce a meras declaracio-

nes en ceremonias oficiales, ni es tan sólo contemplativo de glorias pasadas y de una tradición estática. Es activo, dinámico, constructivo. «Veneremos las glorias del pasado, ha dicho; pero nuestra raza no está muerta, y por lo mismo no debe bastarle con el pasado; no sólo no está muerta, sino que tiene plena confianza de que sus días mejores han de cumplirse en el porvenir». Condición precisa de este porvenir es la libertad. «Ningún día es glorioso si no lo alumbró la libertad». Como amor espiritual que es el de la raza, esta libertad ha de ir a fecundar sobre todo la vida del pensamiento y la de ese tesoro común que es la más rica herencia de nuestra prosapia española, nuestra lengua.

No vacilo en decir que el señor Vasconcelos por sus obras, sus discursos, y principalmente por su acción henchida de fe, es en estos momentos el primer educador de la América Latina.

#### Vasconcelos en Chile.

Este hombre ilustre, cuya grandeza y valor moral tienen irradiaciones edificantes, ha pasado por Santiago de Chile suscitando escándalos en ciertos elementos.

Este hombre, que ha buscado con su amplio pensamiento en las tribulaciones de Pitágoras y de Platón, de Buda, Jesús y el Dante; que ha sabido encontrar en todo el haz del planeta, fuera de los oropeles oficiales, los vínculos de la más noble confraternidad espiritual desde nuestra Gabriela Mistral hasta Romain Rolland, ha sido tratado con hostilidad arisca por ciertas mentalidades. No quieren evolucionar y no son capaces de comprender y tolerar la evolución de los demás.

No hay que buscar en vanos detalles la razón de la alarma provocada por el señor Vasconcelos.

Dejemos a un lado sus expresiones relativas al ejército, que él ha explicado satisfactoriamente. Su internacionalismo no es para inquietar a nadie en estos tiempos en que existe una Liga de las Naciones, una Unión Panamericana, en que se habla de una Liga de las Naciones del Nuevo Mundo, y en que el conocido escritor inglés H. G. Wells ha lanzado la idea de organizar el Estado Mundial como única manera de salvar a nuestra civilización de una catástrofe irreparable. Nuestro reputado juriconsulto, Alejandro Alvarez ha sustentado también, si mal no recuerdo, en publicaciones recientes, la idea del Estado Mundial. Además, el internacionalismo del señor Vasconcelos, a juzgar por todas sus manifestaciones, se reduce principalmente a los pueblos hispano-americanos y no se halla reñido con el



mantenimiento de la individualidad de la patria. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando se han visto las proporciones que reviste el nacionalismo en Méjico?

Internacionalismo significa pacifismo.

No interpreto el internacionalismo, según al parecer lo hacen los alarmistas como la devoración de las patrias por un monstruo que sería la humanidad. Este monstruo como tal no existe y aquel proceso sería desagradable, contrario a muchos sentimientos e impracticable. El internacionalismo no es más que la preparación de los espíritus para que sean una realidad esas mismas ligas o uniones de naciones, ya del mundo, ya americanas, ya latino americanas, que todos los gobiernos y todos los políticos aceptan como una posibilidad que se puede entrar a discutir. El internacionalismo no es más que otra manera de expresar el anhelo de la paz del continente, de que tanto se habla, y el anhelo de paz universal, que fué, como hemos visto, una aspiración general después de los horrores de la gran guerra. No es más que otra manera de indicar la confraternidad entre naciones hermanas, de que tanto alarde hacemos cada vez que la ocasión se presenta. El internacionalismo no es más que la preparación de la opinión para que sean un hecho las limitaciones de armamentos que las grandes potencias iniciaron con éxito en Wash-

ington y que propician nuestro Gobierno y otros en el Nuevo Mundo, movidos por un justo deseo de mayor felicidad humana y para no hundirse más en la bancarrota.

¿Por qué escandalizarse, entonces?

No se diga que el señor Vasconcelos es revolucionario; es un político filósofo, es el apóstol de la regeneración de su pueblo por medio de la educación. Lo que ha escandalizado en el pensador mejicano es el soplo de innovación que lo anima.

Pero tal es la verdadera vida del espíritu. Su esencia es el sondear incesante de nuevos horizontes. Se podría afirmar que este afán, fuera del amor, constituye la única realización posible del espíritu mismo. Decir que se ama la libertad, la verdad y la justicia, y considerarlas al propio tiempo como las expresiones de conquistas definitivas que no admiten mejoramientos, de conceptos intangibles que no cabe alterar, es venerar lápidas y cadenas del alma. El idealismo verdadero es el idealismo investigador y creador. Este es el que alienta el alma del señor Vasconcelos. El hombre público mejicano es un místico cruzado del ideal y de la raza. La nave de su personalidad y la de su pueblo avanzan propulsadas por los buenos alisios de la renovación.

Playas de un nuevo mundo las esperan.

ENRIQUE MOLINA

(Renovación, Buenos Aires).

depositarios de la luz y como la he visto radiar clara y brillante, renuevo mis votos de difundirla sin contemplaciones; y me digo: no olvides, tú, profesor de humanidades, lo que sabe cualquier corazón sencillo: el derecho que todos los hombres tienen a la dicha y el deber que tienen los depositarios de la luz de difundirla y de decir a los que vacilan: la justicia debe ser y es de este mundo y sin pensar en teorías que toda cosa simple vuelven confusa, dí a los hombres: no discutan, corrijan la injusticia. La ciencia tiene por objeto mejorar la condición social de los hombres; las Universidades las paga el Estado con el dinero, con el trabajo de los pobres y primero que otra cosa alguna, deben enseñar a los hombres a mejorar su condición económica individual y a romper las desigualdades injustas. Romper el privilegio, romper la casta: estudiar los métodos por los cuales se logre dar la tierra a quien la labre y el pan a quien lo trabaja: ese es el objeto primordial de la filosofía económica moderna y de la Universidad moderna. Y yo prometo cumplir este deber hasta donde mis fuerzas alcancen a fin de no ser indigno de esta Universidad de Santiago; una de las más ilustres de mi raza y una de las más obligadas a resolver el problema de mi raza y el problema del mundo. Y entonces, cuando hayamos cumplido con nuestras conciencias, que caiga sobre nosotros la bendición de Dios.

(La Nación, Santiago).

## Discurso del Lic. Vasconcelos en la Universidad de Chile

Señor Decano:

EL honor que se ha servido conferirme la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes, me complace profundamente porque viene de una Universidad ilustre y de una Universidad latino americana. Yo soy de los que creen que el sentimiento de Patria es demasiado pequeño para los corazones libres y pongo mi fe en un internacionalismo sincero y total que abarque a todos los hombres y todavía más, a todos los sitios de la tierra, las montañas y los mares, los ríos y los árboles y las obras todas de la divina creación. Pero por lo mismo que aspiro al internacionalismo absoluto y a la libertad verdadera, creo que las razas tienen el derecho de organizarse social y políticamente conforme a sus simpatías y sus gustos y creo que ese derecho es un mandato de la potencia divina que de esa manera nos lleva a producir la maravilla de las culturas originales que aumentan el valor espiritual del mundo. Creo que la nacionalidad es una forma

caduca, y por encima de las patrias de hoy, —cuyos emblemas ya casi no mueven mi pecho,—veo aparecer las banderas nuevas de las federaciones étnicas que han de colaborar en el porvenir del mundo. Veo la bandera ibero americana flotando una misma en el Brasil y en México, en el Perú y la Argentina, en Chile y el Ecuador, y me siento en esta Universidad de Santiago, tan cargado de responsabilidades con el presente, como si aquí mismo hubiera pasado todos mis años. Sólo un instante tomaré asiento entre ustedes; pero los problemas que aquí se debaten, serán siempre míos y las soluciones que aquí se conquisten encontrarán un eco fervoroso en mi alma.

Me refiero a las soluciones del problema humano que es tan sencillo para la mente, tan fácil para la acción iluminada; y sin embargo tan doloroso, tan atterradoramente oscuro en la realidad de la vida cotidiana.

Tomo asiento entre ustedes y al hacerlo, pienso que deberíamos ser los

## Arpa eterna

Arpa es la creación. Los elementos hacen vibrar de esa arpa los cordajes; el viento, sacudiendo los ramajes de las selvas; el mar, bamboleando las olas; y del éter en el seno, trazando el rayo hipérbolos de llamas, pulsa la cuerda horrisona del trueno. Es música vivaz sin pentagramas que riman los eternos trovadores. Todo es bello en la gran naturaleza y canta su mirífica grandeza: la tierra, el cielo, el mar. Entre las flores se desliza cantando el arroyuelo, y con arpado pico, arpa sonora, las avejillas cantan a la Aurora. De la estrellada noche bajo el velo cantan, con su rabel, los ruiseñores a la blanca sonámbula del cielo. ¿Quién esa orquesta, sin igual, dirige? ¿Qué artista combinó sus sinfonías? ¡Dios! que el imperio de los mundos rige y llena los espacios de Armonías.

LUIS R. FLORES.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.



# A propósito de Labra

[Discurso de ALFONSO REYES en el Ateneo de Madrid].

Yo no puedo añadir un solo rasgo al acabado retrato moral que el Presidente del Ateneo ha hecho de Labra; tampoco quiero insistir, como un eco, en la elocuente interpretación que el Ministro de Cuba ha hecho del acto fundamental en la vida de Labra: la opinión por España, a la hora en que se bifurcaban los destinos de Cuba. Labra, hombre representativo, constructor de afectos y esperanzas, nos invita a meditar sobre el problema de las relaciones hispano-americanas. Este culto civil no ha alcanzado aun la madurez anhelada y, con ser una realidad urgente, es todavía un fruto del porvenir, obra en que tienen que gastar sus esfuerzos varias generaciones y que no puede salir hecha y acabada de las manos de un solo hombre, así sea el más sabio y el más fuerte.

Con frecuencia oímos decir que España y América desperdician oportunidades. Tan lamentable para España como para América. Porque sólo España puede realizar el concierto de las dispersas voluntades de América. Tras un siglo de acomodaciones penosas y de éxitos lentos—un siglo de independencia política en que se ha ido cumpliendo laboriosamente la independencia del espíritu, sin la cual no hay amistad posible—los españoles pueden ya mirar sin resquemor las cosas de América, y los americanos considerar con serenidad las cosas de España. No todo es política en el mundo; no todo lo han de hacer los gobiernos. Es fuerza llamar la atención de los individuos, sobre la necesidad de orientarnos en esta materia de la que acaso depende la suerte definitiva del orbe hispano. «La ventana abierta hacia América, españoles» aconsejaba yo alguna vez. Y «Americanos: la ventana abierta hacia España».

Pero si la opinión americana va aprendiendo ya a confiar en España, la opinión española ha salido tan escéptica de la última «revisión de valores», que no aprende aun a confiar en sí misma. Basta casi para desacreditarse en ciertos medios españoles, el confesar que se tiene fe en las posibilidades de España. Por eso algunos prefieren tomar con un escepticismo, que encuentran elegante, hasta los estímulos de ese imperioso recuerdo que representa, como dice Ortega y Gasset, el mayor deber y el mayor honor de España.

Estamos, después de la guerra, viviendo provisionalmente. No se puede seguir así. Urge reorganizar la vida. El día en que la opinión española, la de la calle—aquí hemos descartado a

los gobiernos de todas partes—el día en que la opinión general, la baja y la selecta, se interese plenamente por la suerte de aquellas repúblicas—cuando ya este interés no puede en modo alguno significar ambiciones ilegítimas—ese día España vendrá a ser el centro de un poder moral sólo comparable, en la historia, al del Papado. Si el orbe hispano no llega a pesar sobre la tierra en proporción a las dimensiones territoriales que cubre; si el hablar en lengua española no ha de representar nunca una ventaja en las letras como en el comercio, nuestro ejemplo sería el ejemplo más desastroso que pueda ofrecer la raza humana.

¿Cómo lograr este sueño? Desechamos previamente la solución puramente sentimental, impulso que puede aprovecharse o perderse, según la razón que lo conduzca. Se habla de las relaciones comerciales e industriales; de todo eso que, por herencia del siglo pasado, solemos todavía llamar «lo práctico».

La antigua Grecia, nuestra madre mediterránea, creó sobre las riberas de la dulce Asia Menor, merced al ímpetu de sus expansiones comerciales, algo como una corona de colonias ciñendo el mar. Otro tanto ha sabido hacer vuestra España. Yo admiro, más que muchos, la gran epopeya del comercio ultramarino, fundador, al otro balcón del mar, de la Magna España, cuya terrible electricidad de vida y trabajo nos descubre, como en abismo, el fondo—todavía intacto—de las fuerzas de España. Yo, ajeno a este orden de las corrientes del tráfico, lo considero con profundo respeto, y le pido que nos ayude en la obra. Pero no puedo confiarlo todo a la ciega ley de la oferta y la demanda. Nuestro problema, es, fundamentalmente, espiritual; ni siquiera puramente político, como no es puramente política—por fortuna—la conveniencia de robustecer nuestras mutuas relaciones. (De esto sólo quiero dar un ejemplo, harto elocuente: el efecto vital, innegable, que el contacto con América ha producido en el pleno desarrollo espiritual de uno de los primeros españoles: el maestro de la juventud a quien no tengo para qué nombrar). Pues bien, la solución de este problema yo creo que está más bien en una rectificación de la voluntad. En una educación, en suma: en una cultura, fundada, como toda cultura, en la enseñanza de la escuela. Volved la vista hacia América: hay una América que ríe, la que disfruta, en pujante y gustosa fiesta, los beneficios de su riqueza

y de su juventud. Pero hay otra América: la que resiste y mantiene con estoicismo, y casi en completa soledad, las tradiciones de la vida española. Hay que aprender a participar de esas risas y—lo que cuesta más—de esos esfuerzos. Una actitud invariablemente simpática ante las alegrías y las penas comunes; un repetirnos constantemente que son emociones propias las que conmueven a los pueblos hermanos, es cosa útil para reeducar la sensibilidad perdida o embotada. Pero no basta eso: hay que interesarse por *conocer*, por estudiarse y por entenderse. Así se adiestra a los pueblos para su misión. Así se organizan las ideas nacionales, y hasta se curan solos, de paso, algunos males interiores. No tengamos miedo a las palabras: se trata de una pugna moral. (¿Y qué vida, que no sea una pugna moral, merece ser vivida?) No importa que por ahora carezcamos de otras fuerzas que las puramente espirituales. Un personaje del «Mío Cid», preparándose para mantener sus razones con la espada, dice a otro: «Oh, lengua sin manos ¿y cómo te atreves a hablar?» Pero en este otro juicio de Dios que yo he soñado, yo diría más bien: «Atrévete a hablar, lengua sin manos. Sólo tú tienes absoluto derecho a hablar. Las manos salen atropelladamente a la lucha, cuando no hay más justificación que la fuerza. Mas, para las luchas de la razón, la lengua es bastante».

ALFONSO REYES

## Gorjeos

(Últimos versos de SALVADOR DÍAZ MIRÓN).

Música vaga, discreta,  
que se toma de oportuna,  
melancolías de luna  
y pudores de violeta...  
Lirio que salta de grieta,  
bulle por guijas y motas,  
y arrastra en espumas rotas  
magia que viene al sentido,  
en voz de llanto dormido  
que planea sueños de notas...

Eso la mustia romanza.  
Y vibro por entenderla;  
y pónesle gris de perla,  
neblina de lontananza.  
¿Qué tengo? Desesperanza  
que a la vez gime y adora,  
pasado que acude ahora,  
que al cabo supo volver  
en tu canto de mujer  
y con su risa de aurora!

La dulce y tierna balada  
miente un abril, y presumo  
que tanto logra en el humo



porque quien la trina es hada!  
Melodía sollozada  
sufro y gozo al comprenderte!  
Y juro que de tal suerte  
no hablas a todos lo mismo,  
prez de sangre, flor de abismo,  
luto y gloria de la muerte!

¡Soprano! en mi último día,  
otórgame, por maltrecho,  
pedirte, aunque sin derecho,  
en murmullo de agonía,  
por tu nombre de judía  
y tu belleza de mora,  
el aria recordadora,  
y hallar el fúlgido ayer  
en tu canto de mujer  
y con su risa de aurora!

¡Cuál entonces tu virtud  
al ansia en la dura espera,  
cavatina milagrera,  
y cuánta mi gratitud!  
¡Precede al sordo ataúd  
armonía blanda y fuerte!  
Dios me depare obtenerte,  
como fúnebre lirismo,  
prez de sangre, flor de abismo,  
luto y gloria de la muerte!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN.

(Envío de P. H. U. México, D. F.)

## Dentro de mucho tiempo...

Dentro de mucho tiempo, una tarde do-  
rada,  
por tu calle que hoy rehuyo de nuevo pasaré,  
y tú sorprendida, mirándome de pronto,  
volviendo a tus recuerdos, murmurarás:  
[«Es él...!»]  
¡Todo estará tan lejos! De nuestra adoles-  
cencia  
solamente un borroso recuerdo quedará,  
perdido entre las sombras de nuevas inquie-  
tudes  
con que la vida llena nuestra alma sin cesar.  
Todo estará tan lejos! En rápido desfile  
añorarás las horas de nuestro ingenuo amor,  
y sentirás entonces, confusa y ruborosa,  
una dulce nostalgia ante esta evocación...  
Yo miraré tus ojos, con mi mirada triste  
que encierra los reproches que nunca te diré,  
y cuando pienses en tu desdén injusto  
como un remordimiento has de sentir tal-  
vez...

Dentro de mucho tiempo, una tarde do-  
rada,  
por tu calle que hoy rehuyo de nuevo pasaré,  
y tú sorprendida, mirándome de pronto,  
quién sabe cuántas cosas recordarás también!  
Y luego, cuando enciendan sus luces las  
estrellas,  
y sueñes con las cosas que nunca han de  
volver,  
evocando tus glorias, tu juventud lejana,  
mi cariño sincero, murmurarás: «Era él!...»

RUBÉN YGLESÍAS HOGAN

# Cartas dantescas

Dedico estas evocaciones de la profunda obra dantesca a mi lejana amiga, la gentil señorita Lolita Notari, en San José de Costa Rica.

XV

**A**DORABLE amiga mía, cuestión se-  
cular la del Papado y el Imperio:  
en las lejanías de los tiempos se pre-  
senta en la llamada lucha de las inves-  
tiduras; más recientemente, bajo Fe-  
derico II, cuando surgieron del  
conflicto las breves de Inocencio III,  
las epístolas de Pier de la Vigna  
y de Tadeo de Sessa. Luego el pro-  
blema se hizo más complejo con Bo-  
nifacio VIII, Clemente V y Juan XXII.  
Bonifacio pretendía ejercer la autoridad  
imperial, al efecto lanzó la bula *Unam  
Sanctam* en la que sostiene que el do-  
minio del universo entero e correspon-  
de al Vicario de Cristo sobre la tierra.  
Posteriormente Clemente V, por las  
mismas razones tuvo sus dificultades  
con Enrique VII; después el Pontí-  
fice Juan XXII con su bula *In nostra  
et fratrum*, reclamó para el Papa los  
derechos de Emperador, ya que Dios,  
en la persona de San Pedro, le había  
confiado el imperio terrenal y celest-  
ial. Defendían entonces los dere-  
chos del Imperio, Ugucione della  
Faggiuola, Mateo Visconti y Cangran-  
de, el magnífico Señor de Verona, el  
hombre por quien mayor veneración  
sentía Dante.

Nace en ese momento crítico el tra-  
tado *De Monarchia*, en el que estudia  
cómo la monarquía sea necesaria y  
suficiente para asegurar el bienestar  
humano, cómo el pueblo de Roma,  
con verdadero derecho, adquirió el  
imperio del mundo y cómo la autori-  
dad del Emperador le viene directa-  
mente de Dios y no por intercesión de  
ningún vicario suyo en la tierra.

Unidad para regular, concordia en-  
tre los gobernados, justicia que no se  
vea ofuscada por la ambición de los  
directores y por la impotencia de los  
dirigidos, libertad amplia para éstos y  
para aquéllos; tales son las cualidades  
que pregona el Altísimo Poeta y que  
encuentra en el gobierno del Monarca  
suyo: Sabiduría, Amor y Virtud son  
el alimento preferido de su Emperador  
como lo afirma en el *Infierno*, preci-  
samente en el canto primero.

El segundo libro de este tratado po-  
lémico empieza con una fuerte protes-  
ta contra los reyes y príncipes que se  
han constituido en adversarios del Sa-  
cro Imperio Romano: parece el canto  
de guerra de las walkyrias al iniciarse  
las batallas en las que han de recoger,  
para llevarlas al eterno goce de las  
beatitudes celestes, las almas que por

su heroísmo, en la tierra, supieron  
distinguirse.

El pueblo romano comprendió y  
veneró siempre el Derecho; con el De-  
recho dominó al mundo, puesto que,  
basándose en él, rindió pleito home-  
naje al bienestar de todos y de cada  
uno, como lo hicieron Cincinato, Fa-  
bricio, Camilo, Junio Bruto, Mucio  
Scévola, Catón y tantos otros que fue-  
ron ejemplo magnífico de sincera ab-  
negación.

El tercer libro define la autoridad  
imperial; para él es una concesión di-  
recta de Dios sin que en ella tenga  
parte alguno el Sumo Pontífice; niega  
al Papa el dominio temporal autónomo  
sobre Roma o sobre cualquiera otra  
ciudad, concediéndole la soberanía  
sobre una población—sin excluir la  
romana—siempre que la ejerza con el  
objeto único de administrar bienes  
que están al servicio de la religión y  
de los pobres en Jesucristo.

El Emperador es inspirado por Dios  
en aquellas decisiones que se relacio-  
nan con la consecución de la felicidad  
humana de acuerdo con las doctrinas  
filosóficas. Los dos poderes, el tempo-  
ral y mudable, y el espiritual y eterno,  
deben estar separados; los dos guías  
de la Humanidad no deben turbar con  
sus recíprocas ambiciones la armonía  
que Dios ha establecido para que la  
gracia divina, residente en el Papa, y  
la sabiduría humana, ejercida por el  
Emperador, cumplan con la sacrosanta  
misión no de dominio, como algunos  
equivocadamente han supuesto, sino  
de amoroso sacrificio por parte de  
ambos conductores de la humana  
grey.

Como vas, inolvidable compañera  
de mis años de ensueños, este libro,  
que muy pocos conocen, es de una  
importancia capital para quien desea  
conocer las ideas del Grande Floren-  
tino que sintió, en la mitad del cami-  
no de su existencia preciosa, el deseo  
intenso de llevar consuelo a los con-  
denados del Infierno, cariño sincero a  
los que, llenos de esperanza, en el  
Purgatorio entonan laudes a la Su-  
prema Bondad y admiración a los  
bienaventurados que en el Paraíso go-  
zan de la Eterna Presencia del Amor  
Perfecto que mueve el Sol y las demás  
Estrellas.

Y a seguir al Poeta inmortal, en  
ese viaje milagroso me preparo. Con  
él, con Virgilio, con Beatriz y con



San Bernardo, han de aprender muchas bellas cosas nuestros corazones apasionados y, como apasionados, henchidos de ingratitudes, de envidias, de odios injustos y de amores injustos también.

Te abraza con cariño de hermana,

FIORENZA DELL'ARNO.

En la desierta belleza de Ferrara, admirando su divina melancolía.

## Epitalamio díptico

(ANGELINA DESHON. ALFONSO CALLEJAS).

El hombre sin novia corazón marchito me dijo: La vida no vale la pena de que la vivamos, no es bella, no es buena, es un agujero de larvas, un mito

propio de fantasmas, engañoso grito del hombre que lleva siempre la cadena y se cree muy libre del «estaba escrito». Y después la muerte—la Magna, la Plena,

la Loca, la Muda, la Sorda, la Ciega. ¡Adiós pantomimas que la Muerte llega! Montada a caballo, viene cual ladrón!

Y cero a l'izquierda, todo vale nada: imagen, idea, palabra, mirada—ojos y cerebro, lengua y corazón.

Y oí la voz dulce del recién casado: La vida es muy grande, muy buena, muy [bella]; es una leyenda del tiempo pasado, muy de mañanita, su rosa, l'estrella

deshoja en silencio para el Bienamado; y es un manojito de jazmines, ella; y él una manzana; y los dos, sellado huerto de perfumes, el Amor los sella.

¿Y quién dijo muerte? Mientras pasa el día, dos fuentes, dos ramas tiemblan d'alegría, bajo la Suprema Voluntad de Dios.

Rosada rosada, florida florida, granadas maduras, así va la vida, porque están selladas; en amor, los dos.

A. H. PALLAIS, Pbro.

Más ejemplares de la nueva obra

**POR EL ATAJO...**

del famoso poeta colombiano

**LUIS C. LOPEZ**

hemos recibido para la venta.

Precio del ejemplar: \$ 5-00.

# Varios Egiptos

POR ANTONIO ESCOBAR

ISMAIL, que fué «Jetife» o Virrey de Egipto, de 1863 a 1879, derrochó mucho; contrajo en Inglaterra y en Francia grandes deudas, que no pudo pagar y que dieron pretexto a estas dos naciones para poner en aquel país dos Controladores Generales, con poderes considerables en la dirección de los asuntos públicos.

En 1882 hubo un movimiento militar de tendencia nacionalista, capitaneado por el coronel Arabi Bey. Inglaterra propuso a Francia una intervención armada conjunta, alegando la necesidad de proteger las vidas y haciendas de los extranjeros; intervención a la cual se opuso el Parlamento francés. Entonces Inglaterra, sola, ocupó militarmente el Egipto y obligó al Virrey Tewfik, hijo de Ismail, a suprimir el doble control anglo-francés y poner en su lugar un Consejero Financiero británico; que ha sido, de hecho, el verdadero gobernante.

Uno de los hombres que han ejercido ese cargo y que duró en él largos años, Sir Evelyn Baring, más tarde Conde de Cromer, debe ser considerado como uno de los más notables administradores de todos los tiempos. Mejoró los servicios públicos, hizo solvente la Hacienda, aligeró los impuestos, y sobre todo—y esta es su mayor gloria—redimió de la miseria a los «felahs», o labradores, víctimas por siglos, de la opresión árabe y de la turca. La famélica población campesina de años atrás, está ahora bien alimentada y bien vestida y tiene escuelas para sus hijos, viviendas higiénicas y depósitos en las cajas de ahorros. El número de terratenientes extranjeros ha disminuido y el de los indígenas ha aumentado.

Este bienestar, no sólo no ha amortiguado el sentimiento nacionalista, sino que lo ha avivado, porque cuanto más instruido y más próspero es un pueblo, tanto más dispuesto está a afirmar su personalidad y a rechazar el gobierno por otro pueblo. Los negros de Africa, apenas salidos del estado tribal, no son aun nacionalistas; lo serán, gracias a la educación que reciben de sus domadores blancos, a los cuales expulsarán algún día de aquel Continente.

Inglaterra, con toda su experiencia política, pero, también, con su carencia de imaginación y de percepción psicológica, no se dió cuenta de la fuerza del nacionalismo egipcio. Y, por desdenarlo, proclamó en diciembre del año 14 su protectorado sobre la tierra de los Faraones; acto falaz y

brutal que produjo agitación, huelga de empleados ferroviarios y del Gobierno, de estudiantes de universidad, motines en las ciudades, parálisis en los servicios postal y telegráfico, y asesinatos de ingleses en las calles.

A los ocho años de una situación intolerable y cuando el Gobierno británico se convenció de que tenía que habérselas no con «unos cuantos burócratas corrompidos»—como había dicho—sino con todo un pueblo, tuvo que capitular; y el 15 de marzo de 1922 puso término a su protectorado y declaró a Egipto estado soberano e independiente. De un lado, un pueblo de doce millones, sin ejército ni escuadra, ni aliados; del otro, el imperio más poderoso del mundo. Las bofetadas que ya comienza a recibir están a la medida de su grandeza; la irlandesa ha sido soberbia y la egipcia estrepitosa.

También los Estados Unidos—la más poderosa república del mundo—tienen sus Egiptos: unos poseídos, que son Puerto Rico y Filipinas; otros, en mayor o menor grado, «controlados», que son Cuba, Haití, Nicaragua y Santo Domingo. En los dos primeros, les ha sucedido lo mismo que a Inglaterra en las orillas del Nilo; han gobernado y administrado bien; su dominación ha sido liberal y honrada; pero al cabo de veinte años, portorriqueños y filipinos declaran que no quieren seguir bajo la soberanía americana, sino ser independientes.

En los otros Egiptos, el «control» tiene algo malo y algo bueno; lo malo se ha visto en Haití y Santo Domingo, donde ha cometido atropellos; pero así en esas repúblicas, como en Cuba y Nicaragua, lo bueno está en que garantiza el orden, a la sombra del cual se trabaja y se progresa; y en que, por mermar la soberanía y ofender el amor propio de los pueblos «controlados», aviva en ellos el amor a la nacionalidad y saneará la política. Para liberarse de la ingerencia extranjera se tendrá que cambiar de conducta; y donde no había más que apetitos y odios, habrá un ideal.

(El Mundo, La Habana).

## EL CONVIVIO de los Niños

Cuentos a Sonny. Por Santiago Pérez Triana.....	0.25	oro am.
Tarjetas de Invierno. Por F. Pi y Margall.....	0.25	>>
Florilegio. Por diversos autores...	0.25	>>
La Edad de Oro. Por José Martí. Dos tomos. Cada uno.....	0.50	>>
Los Cuentos de mi tía Panchita. Por Carmen Lira. Edición aumentada....	0.50	>>
Pasteur. Por Gaston Laurent.....	0.30	>>